

Desde Nueva York, el ex-critor Claudio Giaconi habla de su regreso a la literatura y carga —irritado— contra Enrique Lafourcade, que lo metió en un mundo de leyenda. Lafourcade responde con un texto y con un dibujo en el que imagina a Giaconi como un ruso bailarín en Nueva York.

**GIACONI  
SEGUN**

# lafourcade

## HABLA GIACONI

En su crónica "Generación del 50. 30 años después", publicada en el N.º 743, Enrique Lafourcade se entrega nuevamente a su vicio impune de aludir a mi persona como si yo fuera un ente ficticio y no un ser real de carne y hueso. Me pregunto cuál es el afán del colega de hacer pasar sus fantasías por realidad ante sus muchos lectores.

¿Qué significa exactamente eso de que, "por último, consiguió ser un ruso"?

¿Y qué es eso de que "en las noches blancas de la Quinta Avenida, en enero o febrero, Claudio es, finalmente, Raskolnikoff, el atormentado estudiante?" (Se olvida que el estudiante es 30 años menor).

¿Y qué significa mi transmutación, por obra y gracia de sus fabulaciones, en "un noble terrateniente, jugador, enamorado y duelista, que llega de juerga a San Petersburgo a derrochar la herencia de su abuela"?

¿El colega está desvariando, o qué?

Por de pronto, se ve que mi ausencia lo lleva a esfuerzos fantasistas para producir sustitutos de la realidad.

Sé que estas líneas no le van a tapar la boca al irredento colega, pero al menos servirán para poner las cosas en su lugar ante sus lectores. La mezcla de ficción y vida real, en un texto que se pretende históricamente informativo, es una combinación aberrante y, entre otras cosas, señalo lo precario que es su "metodología" de investigación literaria. Yo prefiero no pensar que al colega le ha llegado la hora en que ya no sabe distinguir lo uno de lo otro.

¿Y qué es eso de que "conspira sin tregua contra los Romanoff"?

¿O de que me siguen los agentes de la KGB por las calles de Nueva York? ¿Y de qué "Checa" está hablando?... Yo no lo sé. ¿Lo sabe él? Obviamente, el colega está delirando. El problema suyo siempre fue su irreprimible proclividad a dar por ciertas sus fantasías personales, y a su falta de discernimiento entre lo que está bien y lo que está mal en cuestiones de ética literaria.

Pese a todo lo anterior, su crónica me despertó la curiosidad por leer *El tigre de papel*, la novela de Fernando Emmerich, pero creo que el prólogo de Lafourcade le ha hecho un flaco servicio, pues el incurable "vedettismo" del colega lo lleva a que se muestre más bien él mismo, olvidándose de mostrar al prologado. Fue Ignacio Valente, en su crítica en la misma edición dominical de *El Mercurio*, quien me abrió verdaderamente el apetito por paladear la novela de Emmerich. Con exegetas como Lafourcade, nadie necesita detractores; esa es la lección aprendida por uno de la "generación del 50".

Yo desearía que el colega reservara su fantasía para sus novelas, y que aceptara el

hecho de que la existencia real del sujeto de sus "ficciones" es hartó más simple y prosaica en su rutina neoyorquina que lo que insinúa el cronista y memorialista desmemoriado y mistificador que ha devenido el antiguo compañero de letras y afanes.

Mi realidad actual, que Lafourcade "periodista" no se ha tomado el trabajo de averiguar luego de un lapso de 20 años, y que prefiere sacrificar en aras de la "leyenda", podría caber en cuatro párrafos, cuando no en menos. Trabajo en periodismo y dedico mi tiempo libre a la escritura. De vez en cuando ofrezco lecturas públicas de capítulos y fragmentos de una novela "in progress" (en proceso). Le he perdido el miedo a publicar y espero sacar un libro dentro del próximo año, y luego otro y otro. Es una comezón que me volvió y que no sentía desde hace un largo tiempo. Trabajo actualmente en tres libros: relatos, novela corta y novela. En suma, y como para contrariar con un happy end el script ("guión") de nuestro inventor, después de un largo proceso, he redescubierto mi vocación literaria y he vuelto al primer amor, con pasión, aunque sin la cuota de enfermedad de antaño, sino más bien como un acto de liberación. Y eso es todo lo que hay que decir en lo que a mí respecta; el resto es mito.

Ya en 1954 los instintos empresariales y promocionales de Lafourcade tenían asignados los "roles" en el reparto de su gran mise-en-scène ("puesta en escena"). A mí me hacía terminar mis días, místico y trastornado, en el Asilo de Locos de Charenton... No en cualquier clínica, ¡en Charenton!... Cierto, eran los años de la bohemia juvenil, y la vida desde entonces ha seguido su curso, pero obviamente el colega prefiere aferrarse a su "asignación de roles" de antaño y moldearlo todo a su gusto hasta hacerlo caber en el zapato chino de sus fabulaciones. ¿Es que la realidad vivida desde entonces, en mi caso, no le basta y tiene que inventarla al correr de la máquina?... Pareciera que Lafourcade se sintiera contrariado de que la vida real haya resultado bastante más banal y menos romántica que sus fantasías juveniles y no se haya atenido exactamente a esa necesidad de martirologio, pintoresquismo y diversidad en el gran reparto del script concebido por él en 1954.

Finalmente, a mi colega me gustaría desearle que refrene sus impulsos publicistas y que cese de fantasear en tribuna pública, y recordarle una vez más que en este caso lo que está haciendo es periodismo y no ficción. Y hay una gran diferencia entre uno y otra. Que no quepa la menor duda que un Lafourcade "memorialista generacional" sería una calamidad pública. Ojalá que cese de escribir sus "memorabilias" nostálgicas; de lo contrario, habrá que afirmarse bien en el potro porque el galope será duro, y nos hará galopar a todos.

Pero ciertamente el grande impresario siempre tendrá sus favoritos, sus regalones que lo acompañen en la rememoranza de nuestra mágica, brillante y ya ida juventud.

Claudio Giaconi, New York, 1981. 

LAPIZ DE LAFOURCADE: Le pedimos un dibujo del Giaconi que imagina, y aquí está el resultado.



CONTRINCANTES: Giaconi nos envió foto de 1981, con aspecto de ruso disidente. Lafourcade se envenena.



## REPLICA LAFOURCADE

Querido Claudio Giaconi:

Lo cierto es que, a estas alturas de mi vida, tengo serias dudas sobre tu "realidad". Te autorizo a hacer lo mismo sobre mi persona. Resulta lo más prudente.

Aunque reconozco que mis apreciaciones literarias sobre ti tienen que ver con mi progresivo "gagaísmo" más que con un método de análisis generacional y coincido contigo en eso de que sería "una calamidad pública" como memorialista. Soy un gran mentiroso, lo admito. Aunque sólo en los detalles. Amo el ornamento que envuelve la verdad transfigurándola.

Me reprochas confundir la capitalista nieve de la Quinta Avenida con la de San Petersburgo, y denunciarte como un Kiriloff cualquiera en planes para exterminar a los zarés. Para demostrarme mi error me aseguras —con mucha justicia y sensatez— que el joven Raskolnikoff mal podría identificarse contigo ya que era "30 años menor".

Me he dejado llevar. Tal vez porque en este 1981 nuestro amado padrecito Dostoievski cumplió 100 años de su muerte y 160 de su nacimiento. Y sólo unos pocos hemos pensado en él.

Todo esto ignorando tu probado "gogolismo". Jamás creí en ti como en un "alma muerta", aunque por más de treinta años te has empeñado en "no escribir". ¿Cuánto te habrá costado, querido Claudio! Siempre tuve la más grande fe y admiración por tu talento. ¿Es que tú no la tuviste?

Me declaras como el que asignaba los roles en el gran reparto de la Generación del 50. Y que a ti te habría enviado al sitio donde casi se vuelve loco el Marqués de Sade.

No me acuerdo de esto. Debes de estar en un error. Me parece que más bien te envié a Nueva York. Pero, ¿por qué tenías que hacerme caso, caro Claudio, cuando todo el ancho mundo estaba a tu disposición?

Celebro tus planes para salir del frío. Esperaremos ávidos tus libros. Y perdona las demasías de un ciudadano que prefiere la leyenda a la historia. Sobre las persecuciones imaginarias que yo te adjudico, tal vez la única válida sea esa de "que te persigue una 'Checa'". Cuando doblamos la curva del medio siglo, esto no parece tan terrible.

Delirio, sí. Como eso de "derrochar la herencia de su abuela". ¿Qué herencia? ¿Qué abuela? Desvario puro. Como creerte en Nueva York.

Porque amigos comunes aseguran haberte visto por el Parque Forestal, con los originales de "La difícil senectus" listos para los tórculos. 